

ECONOMÍA INTERNACIONAL

Nº 472, 3 de Marzo de 2009

AL INSTANTE

ARGENTINA: ¿CRISIS ECONÓMICA Y CAMBIO POLÍTICO?

Una vez más, Mario Teijeiro, Presidente del Centro de Estudios Públicos Argentino, nos presenta un análisis económico y político de la realidad argentina, esta vez ante el desafío de la crisis global, que indudablemente afectará severamente a la economía, durante un período no menor, con efectos directos en el panorama político futuro.

“Morales Solá empieza su nota del Domingo 28 de Diciembre con la cita “el kirchnerismo, como ciclo político histórico, está terminado.” La razón fundamental sería que la crisis mundial está destruyendo el único aspecto positivo de este ciclo, el crecimiento económico. La recesión se sumará así a la imagen de corrupción y avasallamiento de las instituciones para generar un desprestigio probablemente suficiente para dejar a los Kirchner sin el poder de gobernar.

¿Explotará la situación económica antes de las elecciones? Las condiciones externas han empeorado mucho, pero la

vulnerabilidad económica no es tan grande como en el 2001.

Todo depende de factores imposibles de predecir como la magnitud y persistencia de la sequía, la evolución de nuestros precios internacionales y las medidas de ajuste que el gobierno introduzca, incluyendo la política cambiaria y la contención del gasto público necesaria para compensar la caída de la recaudación impositiva.

Por ahora el gobierno ha dado muestra de querer evitar un eventual colapso financiero -que sería políticamente terminal, como lo fue para Alfonsín y de la Rúa- permitiendo aumentos de la tasa de interés y ajustando las tarifas públicas aún a costa de enajenar el voto de la clase media.

Pero lo que no podrán evitar es la recesión económica y el aumento del desempleo. Para ello el único instrumento que les queda será continuar distorsionando las estadísticas con la esperanza de engañar al electorado.

Escenarios Políticos

La perspectiva entonces es que los Kirchner salgan muy debilitados de las elecciones de 2009. Ante su probable debilitamiento político, el peronismo está generando una oposición propia, para preservar el partido hegemónico (el peronista) en una eventual caída del gobierno kirchnerista.

Ya hay una carrera dentro del peronismo para heredar el poder de los Kirchner en la que se han anotado desde Duhalde, pasando por Solá, De la Sota, Rodríguez Saa y hasta el mismo Reutemann. Ninguna posibilidad estará excluida en el intento de salvar la imagen del peronismo como el único partido capaz de asegurar la gobernabilidad, incluso la posibilidad de consagrar oportunamente un líder extrapartidario como Mauricio Macri.

Paralelamente, Carrió está tratando de ampliar su base aliando al radicalismo y al socialismo y sumando dirigentes agropecuarios. Su apuesta es que la crisis que se avecina será la primera en tres décadas que sorprende al peronismo en el poder y lo desgastará sin distinciones. ¿Cómo haría Duhalde para escapar a su responsabilidad de haber apadrinado a Kirchner? ¿Cómo escaparía la mayor parte de la dirigencia peronista a la responsabilidad de una participación cómplice durante la gestión kirchnerista? Su mayor desventaja es, sin embargo, la convicción mayoritaria que Argentina es ingobernable con el peronismo en la oposición...

¿Cómo sería la transición? Hay quienes creen que ante un mal resultado electoral, Cristina Kirchner renunciaría y Cobos completaría el término hasta el 2011. Pero el escenario de renuncia no parece el más probable para un matrimonio que a partir de ese acto quedaría expuesto a la persecución judicial. Es más probable que luchen por cualquier medio para mantenerse en el poder, utilizando incluso el fraude electoral. Si falsean las estadísticas oficiales, ¿Por qué no van a intentar el fraude, si se trata de mantenerse en el poder? Pasarán muchas cosas graves en nuestro país -incluso un convulsionante juicio político- antes que el matrimonio Kirchner abandone la Casa Rosada.

Su juego ahora es aguantar de la mejor manera, minimizar el daño en las elecciones del 2009 utilizando cualquier medio a su alcance -como la compra de medios y el silenciamiento de periodistas hostiles- y esperar que la economía mundial y los precios de los commodities repunten a partir del 2010.

Un escenario en que los Kirchner “zafan” las elecciones del 2009 aprovechando una atomización de la oposición y recomponen su poder a partir del 2010 al amparo de una eventual recuperación económica mundial, es poco probable -y sería muy desagradable para quienes creemos en las instituciones y la libertad- pero todavía no es descartable.

El escenario más probable sin embargo es un debilitamiento irrecuperable de los Kirchner y una puja electoral en el 2011 entre el peronismo hoy opositor y un frente radical-socialista. Si esto fuera así, lo anecdótico y superficial es

que estaríamos retornando a una versión del viejo bipartidismo peronista-radical. Más importante desde el punto de vista político, es que el electorado enfrentaría nuevamente una opción entre una promesa de purismo institucional y ético del frente radical/socialista y la promesa de gobernabilidad del peronismo. Hay quienes desde la derecha ven en esta hipótesis política la posibilidad de recrear un peronismo pro mercado y abierto al mundo, como el que intentó Menem, aunque quizás esta vez sin los errores fiscales ni los excesos monopólicos del proceso privatizador.

Quienes pongan la esperanza en el frente radical socialista pensarán en cambio en recuperar una república ética que termine con la corrupción y el abuso de las instituciones que casi siempre caracterizó al peronismo.

Los problemas profundos

El problema es que estas opciones se plantearán una vez más en campañas huecas -sin discusión de temas fundamentales- en las que surgirá un mandato superficial y difuso. El problema de los mandatos difusos es que quien gane podrá ejecutar políticas incluso opuestas a las insinuadas durante la campaña. Pero más importante aún, nuestros vicios institucionales y problemas económicos estructurales son tan profundos que difícilmente puedan o quieran cambiarse.

Repasemos algunos de ellos.

Ante todo, nuestra clase política es profundamente antidemocrática, afectada por el síndrome de la

perpetuación en el poder. Esto afecta fundamentalmente al peronismo, pero tampoco estuvo ausente en el gobierno de Alfonsín, donde la idea de generar el Tercer Movimiento Histórico impulsó inicialmente el accionar de la Coordinadora. La reelección de Menem y el insólito intento del matrimonio Kirchner de alternarse en el poder a perpetuidad, son los ejemplos más cercanos. La sociedad obviamente convalida esta cultura antidemocrática, reeligiendo candidatos (sean intendentes, gobernadores o presidentes) sin percatarse que la tolerancia ciudadana a estas prácticas es lo que incentiva a que nuestros políticos sacrifiquen todo (comportamiento ético, instituciones democráticas y prudencia económica) al servicio del objetivo excluyente de perpetuarse en el poder.

¿Cuáles son las chances que el presidente que surja en el 2011 no se sirva de la corrupción, respete las instituciones y no ponga la economía al servicio de intentos reeleccionistas? Quizás ésta sea una fortaleza relativa del frente radical/socialista, si es que el electorado la supiera apreciar y creyera que cumplirán con esa promesa implícita.

En segundo lugar, toda nuestra clase política cree en y compite en base a un populismo distribucionista. En algunos casos se trata de una convicción genuina que el Estado puede fácilmente mejorar la situación de los pobres. Este es el caso de Elisa Carrió, quien ha venido proponiendo un subsidio universal a la niñez. En otros casos, principalmente dentro de la dirigencia peronista, se trata de un mero aprovechamiento político de la pobreza

con programas discrecionales para cooptar votos.

Ya llevamos 25 años de democracia y durante este periodo la distribución del ingreso ha empeorado y se ha consolidado en niveles “latinoamericanos” (un coeficiente Gini de 0,48). Por supuesto que el problema responde en parte a fenómenos globales -la incorporación de India, China y otros emergentes al mercado mundial, con salarios bajos que se cuelan a través del comercio-, pero existen “políticas de Estado” implícitas, avaladas por toda nuestra dirigencia política, que agravan el problema e impiden cualquier solución.

¿Cuáles son esas políticas de Estado? La primera es una política de fronteras abiertas a la inmigración de pobres de países vecinos. La ley de inmigración sancionada en el 2003 abrió legalmente las fronteras sin condicionamientos y legalizó la situación de inmigrantes ilegales. Basta recordar que esta ley no fue una iniciativa exclusivamente peronista, ya que su patrocinador fue el hoy senador Giustiniani, un dirigente clave de la alianza radical/socialista.

Por supuesto que esta ley goza también del consenso de las centrales empresarias industriales, que se benefician con los bajos salarios informales a los que nos condena el flujo migratorio. Con esta política cualquier intento de disminuir la pobreza y mejorar la distribución del ingreso atraerá nuevos pobres de países vecinos. Será un barril sin fondo que exigirá cada vez más impuestos y contribuirá a una economía menos competitiva, para fracasar de todas

maneras en mejorar la distribución del ingreso.

La segunda política de Estado que nadie quiere o se anima a tocar es la política educativa. La única manera de rescatar la marginalidad sería mediante una educación de calidad igualadora de oportunidades. Pero este objetivo es inalcanzable cuando la política educativa está dominada por los intereses del gremio docente, que sólo busca mayores remuneraciones sin mayor capacitación; y estabilidad laboral incondicional, para que los maestros mediocres no sean desplazados por maestros capaces. Mientras la profesión docente no combine buenas remuneraciones con capacitación y exigencia para ejercer la docencia, no habrá solución para la pobreza a través de la educación. ¿Pero qué político se animará a poner el interés de padres y alumnos por encima del interés gremial? Si lo hiciera, ¿tendrá el apoyo de la población para enfrentar la reacción gremial e imponer un curriculum educativo exigente?

La tercera política de Estado implícita, que es inalcanzable y de efectos perversos, es la pretensión de tener un estado de bienestar que, al estilo europeo, alcance a toda la población. Pretender, por ejemplo, que todos se jubilen cuando sólo el 40% aporta, lleva sistemáticamente a blanqueos recurrentes e incentivos crecientes para no aportar. Es el premio al evasor y el castigo al cumplidor, cuya jubilación está condenada a ser miserable -en relación a lo que aportó- pues el Estado necesita “promediar” para pagar la jubilación de los que no aportaron. La otra consecuencia de jubilar a todo el

mundo es que la presión impositiva sobre las generaciones jóvenes tendrá que ser cada vez más alta para cubrir un déficit previsional creciente. Pero claro, ¿Qué político con intenciones de perpetuarse en el poder puede oponerse al “derecho social” a una jubilación, aún cuando nunca se haya aportado para ella? Hasta la Sra. Carrió estuvo de acuerdo con la estatización de las AFJP, mientras su oposición sólo estaba motivada por la preocupación que el gobierno kirchnerista se beneficiaría en el corto plazo.

En tercer lugar, la mayor parte del espectro político está en contra de la libertad de comercio exterior, en este caso acompañado por los intereses proteccionistas industriales. Lo que ha hecho este gobierno es una aberración, prohibiendo o gravando exorbitantemente la producción agropecuaria y protegiendo industrias en las que no tenemos ventajas comparativas. Por supuesto que una parte importante de la oposición política estuvo a favor del campo en la pelea por las retenciones móviles. Pero nadie estaba a favor de eliminar las retenciones como una política de estado permanente, pues la gran mayoría de los políticos tienen incorporado el intervencionismo comercial como un instrumento para hacer justicia social. Menos aún hay acuerdo para una apertura a las importaciones como la del socialismo chileno, que es el camino para crecer sostenidamente produciendo -con tipos de cambio competitivos- aquello en lo que tenemos ventajas.

Entonces, la primera pregunta es ¿Qué chance existe que un cambio político en el 2011 cambie los vicios centrales de

nuestra política y de nuestra economía? ¿Podemos tener esperanzas que si ganara un peronismo “opositor” reniegue de las tradicionales prácticas corporativas y afán hegemónico de ese partido? ¿O simplemente mantendremos nuestros vicios profundos de la mano de un nuevo líder que se dedica a perpetuarse en el poder en lugar de gobernar bien para beneficio de todos? ¿Podemos tener esperanza que si ganara una alianza radical/socialista pueda combatir la corrupción y restaurar las instituciones democráticas sin arriesgar la gobernabilidad? ¿Qué esperanza hay de que Argentina se abra al mundo y sea competitiva, si estaríamos en manos de una dirigencia que quiere reproducir el modelo universal de bienestar europeo en una sociedad evasora y con libre importación de pobres de países vecinos?

En un reciente artículo Mariano Grondona sintetiza estas preocupaciones argumentando que los pactos circunstanciales que se están perfilando para derrotar a los Kirchner no son suficientes, no sólo porque el Kirchnerismo podría seguir siendo una primera minoría después de las elecciones del 2009 sino también porque la “conjunción no tendría que limitarse a una suma de pequeños pactos electorales sino que debiera apuntar además al gran Pacto fundacional de una nueva república, como fueron el Acuerdo de San Nicolás que siguió a la derrota de Rosas en Caseros, en 1852, y los Pactos de la Moncloa que se firmaron en España a dos años de la muerte de Franco, en 1977.”

Pero ¿Puede esta dirigencia política producir un Pacto fundacional que vaya

más allá de consensos irrelevantes cuando no perversos, como el que generó la reforma constitucional de 1994? Las esperanzas de que haya cambios significativos en nuestros vicios profundos son escasas, con Pacto o sin Pacto e independientemente de quien gane en el 2011. La culpa en última instancia no es de los políticos, sino de los electores, que ya sean pobres, clase media o empresarios, desean vivir de la promesa que el Estado siempre se hará cargo de protegerlos y hacer justicia. Con esta cultura del electorado sólo habría apoyo político para cambios profundos si ocurrieran fenómenos extremos como el que protagonizó Allende en Chile en los 70, un desastre político y económico mayúsculo que cambió drásticamente la opinión pública.

Pero mientras ese tipo de catástrofe no se produzca, la pregunta de fondo es si es posible ir mejorando lentamente removiendo a los Kirchner y reemplazándolos por algo un poco mejor. ¿Es posible que avancemos sostenidamente con una pésima educación pública? ¿Es posible que avancemos con la decadencia cultural que propagan libremente los medios de comunicación? ¿Es posible que disminuyamos las disparidades sociales con fronteras abiertas a la pobreza vecina? ¿Es posible mejorar la seguridad interna con una marginalidad creciente? ¿Es posible evitar que el narcotráfico aproveche nuestras vulnerabilidades sociales para instalarse como un cáncer intratable? ¿Es posible al menos que nos vaya bien económicamente, más allá de coyunturas favorables de nuestros precios de exportación, cuando nos cerramos al comercio y tenemos una

presión impositiva creciente que ahoga al sector privado?

Como no tengo la respuesta, les dejo las preguntas...”